



Desconocidos

María Camila Tafur Leal

Soy un mundo
en el mundo,
Soy la piel de tu vientre
Y un poco de calor de sol en tu sexo.

No me conoces,
Soy el día que no te percastaste que pasó,
La noche exclamando piedad en tu interior.

La luz se desliza por tu piel
Y dibuja continentes.

¿Me oyes?
Aquí hablo, aquí palpito,
Aquí, allí, aquí
Dentro de ti.

Soy un mundo
en este mundo, mudo, que no oye,
Que no oigo, que me espera
Para desconocerme.

Todos como ovejas

Héctor Julio García Gaona

El papel se estaba cayendo a pedazos de la pared. Sólo podía oír el sonido de una máquina en la oficina frente a mí y ver trozos del empapelado regados por el suelo. Entonces me quedé allí, esperando a que algo ocurriera. Ramsés me había citado muy temprano esa mañana para darme noticias. Tan pronto como llegué me extendió la mano y me dijo que aguardara. Entró a la oficina de la derecha y no volvió.

Dos horas después, de la oficina de la izquierda, salió alguien a ofrecerme un café. Yo dije que no, que estaba esperando a Ramsés y que él no tardaría. Al poco tiempo la máquina se detuvo. No sabría decirte qué tipo de máquina era esa. Era pesada, como de grandes pistones impulsados a vapor. En el vidrio de la puerta vi asomarse la silueta de Ramsés. Estuvo ahí largo tiempo. Yo imaginé que él aún andaba haciendo las correcciones, y que se había detenido frente a la puerta porque algo del texto llamó, en ese momento, su atención. Luego pensé que los errores no podían ser muchos, que quizá el problema estaba por el lado de la tinta o el gramaje del papel, después de todo, esos habían sido los primeros inconvenientes. Habría sido una vergüenza que se hubieran repetido.

La máquina se reinició pero, instantes después, se detuvo. Creí que el momento había llegado, que Ramsés volvería con el libro bajo el brazo y me lo extendería. Lo que ocurrió en seguida aún es extraño incluso para mí. Había perdido la noción del tiempo. A la interrupción de la máquina le siguió la de la electricidad y me vi envuelto en tinieblas. Ya debía ser la noche y lo había pasado por alto. Me senté, aguardando a que se tratara de una falla en los mecanismos eléctricos. ¿Era acaso posible? Entonces, ya te imaginarás.





Sobrevino el pánico a estar sólo y pensé en ti. En que tú esperabas verme, pero en especial, en que siempre habías tenido razón. Debí escribir sobre el día en que te conocí, escribir una historia personal y no inventar excusas. Bien entrada la noche tuve que cantar alto para mitigar el frío. Me acosté sobre los cascajos de papel para conservar el calor y ahí, acogido en la miseria de esa noche, canté nuestra canción. Mientras cantaba recordé lo del asunto interno y sí, más te di la razón. La vida es una mierda.

Pero he ahí que pensando eso, la luz de una oficina se encendió. La silueta de Ramsés apareció ante mis ojos cansados. En su rostro asomó una expresión de sorpresa. Dijo que había olvidado mi presencia y me presentó excusas. Mientras yo intentaba ponerme en pie, Ramsés trajo de su oficina la nueva guía telefónica y ahí, finalmente, estaba mi nombre bien escrito, sin nuestros apellidos de pareja.